

mo público. «¿Por qué está en las Cofradías, en las Juntas benéficas y en todas las Asociaciones religiosas la mujer? Está... porque en ellas se le concede respeto a sus derechos, porque allí bulle, porque allí se agita, porque allí habla, porque allí escribe, porque allí discute, porque allí toma iniciativas...» (1). De hecho, incluso que la Iglesia aceptara una progresiva presencia de las católicas en el espacio público suponía encarar una senda que, en una sociedad libre, tenía difícil marcha atrás. Desde luego, suponía la partida de defunción del papel de la mujer como ser recluido y dedicado exclusivamente al hogar.

Pero estas reflexiones, lejos de restar un ápice de valor al libro, dan idea de lo sugerente del trabajo de Pérez Garzón para todo aquel atraído por estas cuestiones. Una síntesis comprensiva y analítica del feminismo que despeja dudas, abre debates, plantea nuevas hipótesis y, sobre todo, otorga muchas posibilidades para investigar la interrelación entre los movimientos feministas y el marco político y social en el que les tocó actuar. Es un libro, por lo demás, ideal para iniciarse en la historia comparada del feminismo. Supone, en definitiva, un impulso para la historiografía española sobre las mujeres y su camino hacia la emancipación, que el autor considera convincentemente como un proceso abierto.

Roberto Villa García

Universidad Rey Juan Carlos

TERESA MARÍA ORTEGA LÓPEZ y FRANCISCO COBO ROMERO (Eds.): *La España rural, siglos XIX y XX. Aspectos políticos, sociales y culturales*; Comares, Granada, 2011, 424 págs.

No es habitual encontrar un libro como *La España rural*. La mayoría de las publicaciones colectivas que son producto de un congreso, un seminario o un proyecto de investigación dejan en el lector una impresión general de falta de unidad y de desequilibrio entre las partes, que pocas veces forman un todo homogéneo y proporcionado. Muchas veces se echa en falta una verdadera introducción que presente, enlace, defina y dé sentido al cuerpo de los trabajos reunidos en un mismo volumen. Y, en demasiadas ocasiones, la calidad y el interés de los estudios incluidos son tan desiguales que es difícil justificar su encuadernación como un libro. Nada de eso le ocurre al lector interesado en el mundo rural de la España contemporánea que se adentra en las páginas del libro coordinado por los profesores Teresa M.^a Ortega López y Francisco Cobo Romero. Un libro sólido y coherente, sin fisuras ni altibajos, interesante desde las páginas introductorias hasta el último de los doce capítulos, unidos por el hilo conductor de la cronología y por una voluntad común de análisis y reflexión, un

(1) *Diario de Sesiones de las Cortes*, 1-X-1931, p. 1357.

diálogo constante entre las bases firmes de la historia social y la historia agraria y las aportaciones más fértiles de la historia cultural y la nueva historia política.

El libro se abre con una introducción, firmada por los coordinadores de la obra, que más que una presentación al uso es un verdadero ensayo interpretativo. La idea central aparece desarrollada en los primeros párrafos: el mundo rural y el campesinado desempeñaron un papel primordial en el proceso de construcción del Estado-nación español, un protagonismo que muchas veces ha quedado en penumbra oscurecido por silencios historiográficos incomprensibles. Los estudios recopilados en el volumen comparten un objetivo común: explorar las posibilidades de las nuevas interpretaciones de la historia política y cultural para analizar las claves que permiten explicar el comportamiento de la sociedad rural española a lo largo de los siglos XIX y XX. Una sociedad mucho más dinámica y compleja de lo que se había creído hasta hace poco tiempo. En efecto, el acelerado proceso de modernización agraria vivido por el campo español desde finales del ochocientos llegó acompañado, de manera paralela, por profundas transformaciones de la sociedad rural. Entre ellas, una de las más importantes, sin duda, la creciente movilización y politización del campesinado. Un fenómeno que no fue, ni mucho menos, una peculiaridad del caso español. En el periodo de la Europa de entreguerras el campesinado político se convirtió en un protagonista político fundamental a la hora de entender por qué en algunos países se consolidaron los regímenes de corte liberal-parlamentario, por qué en otros se asentó la socialdemocracia y, finalmente, por qué en algunos Estados se impuso el fascismo. Como subrayan los profesores Ortega López y Cobo Romero, los nuevos instrumentos y herramientas teóricas y metodológicas de la historia cultural y política pueden ayudar a explicar las multiformes alianzas interclasistas de ese campesinado familiar, la enorme versatilidad política de los sectores rurales intermedios. Y no solo en la época de la Restauración, de la Segunda República o de la Guerra Civil. También pueden ayudar a comprender el respaldo social del campesinado al primer franquismo o, más adelante, la movilización democrática vivida en el campo en los años finales de la dictadura y durante la transición política.

La lectura de los tres primeros capítulos permite realizar un recorrido, a grandes rasgos, por algunas cuestiones relevantes de la historia política, social y cultural del mundo rural en el siglo XIX. En el capítulo inicial Gregorio Alonso explora la complejidad del proceso de modernización cultural y religiosa del campo español en el largo periodo que lleva desde la Guerra de la Independencia hasta la I República. La sociedad rural se convirtió en un escenario de lucha y competencia de discursos y prácticas relacionadas con lo que se ha denominado la «primera oleada de secularización», el enfrentamiento entre la sociedad civil que emergía y la movilización católica que defendía su predominio tradicional. Una competencia que contribuyó a la politización del campesinado. Ese es el tema que abordan en el segundo capítulo Miguel Cabo y Xosé R. Veiga en un sugerente estudio, centrado en la época de la Restauración, que inserta el

caso español en una perspectiva comparada, dentro del arco europeo mediterráneo, junto a Francia e Italia. Los autores subrayan las características propias de la cultura política popular, el desafío de la política de masas, la capacidad de acción de lo que denominan «caciquismo adaptativo» (un concepto que puede iluminar muchos trabajos de investigación locales y regionales), la presencia cotidiana del Estado en las comunidades rurales y un grado de politización de la sociedad rural mucho más elevado e intenso de lo que hasta ahora sostenía la historiografía. Lo mismo que en el desarrollo económico, concluyen, en el ámbito de la evolución política tampoco el campo es «el pozo de todos los males». Y si Miguel Cabo y Xosé R. Veiga combaten el tópico del campesinado como un animal «apolítico» o «prepolítico», Salvador Calatayud, Jesús Millán y M.^a Cruz Romeo desmontan en el capítulo tercero otra imagen tópica, la del regadío valenciano, como un modelo idealizado de armonía, equilibrio social y ausencia de conflictividad.

Que no hay una realidad campesina «compacta» y homogénea, una de las conclusiones del último trabajo citado, es una reflexión que la lectura de cada capítulo posterior ayuda a sostener y a afianzar. En el cuarto, Gloria Sanz Lafuente aborda el estudio del catolicismo social en la sociedad rural del primer tercio del siglo XIX, un movimiento social con discursos variados y prácticas diversas y una capacidad de movilización viva hasta los años de la Segunda República. En el capítulo quinto, Javier Paniagua Fuentes presenta una serie de reflexiones muy interesantes para intentar comprender el fenómeno del arraigo rural del anarquismo español, una ideología que no fue ni marginal ni milenarista. En el capítulo sexto, Manuel González de Molina se ocupa de la visión del socialismo español de los problemas del campo, de la incompreensión de la naturaleza social del campesinado con su apuesta por los asalariados del campo dejando en un segundo lugar a las demás categorías sociales. En el capítulo séptimo, Salvador Cruz Artacho continúa, de alguna manera, con el análisis del «desenfoco» socialista de la realidad plural del campesinado. Unas relaciones difíciles, pero no imposibles, como titula uno de los apartados de su trabajo. En efecto, a partir de la coyuntura de la Gran Guerra, la lucha de los socialistas contra el caciquismo y la pugna por el control de los poderes locales abrió una puerta al aprendizaje político del campesinado. Un nexo de unión entre el discurso político moderno y los lenguajes comunitarios y las tradiciones locales, un escenario de movilización social y competencia política sin el cual no es posible comprender el surgimiento de la democracia republicana.

De ese nuevo escenario, el de la Segunda República, se ocupa Francisco Cobo Romero en el capítulo octavo. El autor estudia el contexto de las movilizaciones jornaleras emprendidas tanto por los anarquistas como por los socialistas pero centra su análisis en lo que denomina «derechización campesina», el realineamiento político del campesinado intermedio. El giro defensivo de un campesinado familiar fundamental a la hora de explicar el apoyo social obtenido por los militares sublevados en el verano de 1936. Apoyos sociales que,

después de la Guerra Civil, cimentaron las bases rurales del régimen de Franco, como sostienen acertadamente las páginas del capítulo nueve firmadas por Miguel Ángel del Arco Blanco y Miguel Gómez Oliver. El campo fue un elemento esencial en la génesis de la dictadura. Pero, frente a la visión tradicional del franquismo como un régimen restaurador y continuista respecto a periodos históricos anteriores, los autores del trabajo sostienen que existió una ruptura frente al pasado, que la experiencia de la Guerra fue un acontecimiento divisorio y único, que se produjo una renovación del personal político del «Nuevo Estado» y que ese cambio está relacionado con una visión del mundo rural como un espacio mucho más complejo y heterogéneo de lo esperado.

Esta apuesta por la complejidad y la diversidad de la sociedad rural permite entender y situar mejor las propuestas de análisis que aparecen en los tres últimos trabajos incluidos en el libro. En el capítulo diez, Teresa María Ortega López plantea el origen de los movimientos sociales de contestación al régimen franquista surgidos en el mundo rural. El campesinado no fue un agente político residual en la historia de España contemporánea, esa es quizá la tesis central que une a todos los capítulos del libro, y tampoco lo fue en el proceso de lucha por la democracia. Ni sometidos ni complacientes, subraya la autora del trabajo. El descontento campesino tuvo diferentes formas de expresión y manifestación y contribuyó a debilitar los cimientos del régimen franquista. En la misma línea argumental insisten en el capítulo siguiente Francisco Cobo Romero y María Candelaria Fuentes Navarro. En la etapa final del régimen franquista el discurso marxista del comunismo democrático se convirtió, de acuerdo con su interpretación, en un agente notable de movilización para importantes colectivos de jornaleros y campesinos. La última contribución del libro, la que firma Antonio Herrera González de Molina, aborda la construcción de la democracia en el mundo rural durante la transición política, el importante papel desempeñado por el socialismo para avanzar en un proceso democratizador que no quedaba cerrado, ni mucho menos, con la aprobación de la Constitución.

Los comentarios finales de Antonio Herrera González de Molina cierran el libro y bien pueden valer como un epílogo o conclusión que suscribirían todos los autores reunidos en el volumen: «lo ocurrido en el mundo rural (...) vuelve a desmentir el viejo tópico del atraso (también político) del mundo rural, y niega al mismo tiempo también la apatía política y la desmovilización con la que se ha querido caracterizar al campesinado y los trabajadores agrícolas». En los últimos años, han aparecido bastantes trabajos de investigación que han criticado, desmontado y rebatido el tópico del atraso político de la sociedad rural. No se puede decir que esta cuestión sea una página en blanco de la historiografía española. Pero quizás sí se pueda afirmar que hasta la publicación de este libro no se contaba con un estudio tan amplio y tan completo, con un recorrido cronológico tan largo, que permitiera sostener, como apunta el último autor citado, que el mundo rural no fue un lastre en los procesos de politización de la época contemporánea; que en muchas ocasiones fue también palanca del cambio so-

cial. Un libro importante en una colección también importante. En los últimos años, la Colección de Historia de la editorial granadina Comares, dirigida por el historiador Miguel Ángel del Arco Blanco, se ha convertido en una referencia a seguir, en un sello de calidad que no hay que perder de vista.

Carlos Gil Andrés

IES Rey Don García de Nájera

DANIEL FERNÁNDEZ DE MIGUEL: *El enemigo yanqui. Las raíces conservadoras del antiamericanismo español*; Genuve, Madrid, 2012, 442 págs.

El libro reseñado es un interesante repaso de los temas y tópicos del antiamericanismo español, en su versión más conservadora, hasta los años sesenta del siglo pasado. En el primer capítulo, dedicado a la etapa 1776-1898, el autor explica las contradicciones entre, por una parte, el apoyo interesado a la independencia de EE.UU. y, por otra, el recelo que suscitó su modelo político democrático, republicano y tolerante desde el punto de vista religioso. Desgrana cómo estas suspicacias ideológicas, junto al temor a las ambiciones territoriales y a la influencia del nuevo estado sobre la América hispana, más una conflictiva relación bilateral (Luisiana, Doctrina Monroe, México, Cuba) crearon un clima de creciente animadversión en los círculos diplomáticos, políticos y periodísticos nacionales. Este ambiente fue alimentado por el nacionalismo español, que echó mano del vínculo hispanoamericano como elemento conformador de una identidad nacional en proceso de construcción durante buena parte del siglo XIX. El autor opta por el concepto de panhispanismo, que liga a la derecha dinástica y tradicionalista, aunque tal vez merecía algún adjetivo, para no confundir al lector, porque el anhelo de restablecer vínculos con las antiguas colonias al servicio del proyecto nacional e internacional español fue una aspiración común del nacionalismo liberal.

El libro avanza exponiendo los tópicos del antiamericanismo conservador decimonónico, que desde su sensibilidad católica y monárquica, percibía la libertad de cultos y el protestantismo de EE.UU. como anticristianos y equivalentes al ateísmo; condenaba el materialismo y el mercantilismo que corroía su sociedad infantilizada, la inmoralidad de sus costumbres (incluida la libertad de las mujeres), la pobreza y vulgaridad de su cultura frente a la europea, su prepotencia y sus pretensiones imperialistas y, sobre todo, su hipócrita y demagógico modelo político, democrático pero esclavista. Estos clichés son contrastados con las imágenes positivas que los círculos de la Institución Libre de Enseñanza y del republicanismo asociaban a EE.UU.: democracia, estabilidad política, federalismo, libertad, tolerancia y modernidad en los campos jurídico, técnico, educativo o científico. No obstante, la Guerra de 1898 constituyó un extraño paréntesis porque unos y otros, con contadas excepciones, se hicieron eco de los tópicos antiyankis. El contraste entre la imagen de España como